

se despliega con admirable orden; imítanle todos los demás, forma su posición toda la brigada y sustenta durante algún tiempo un fuego homicida casi á tiro de pistola. Sin embargo, á durar más el ataque en esa forma, necesariamente hubieran tenido que sucumbir aquellos tres regimientos cogidos entre un fuego escuadrado. El general Saint-Hilaire, pasmado de ese valor caballeresco de las tropas, estaba discutiendo con los generales Thiebault y Morand acerca del partido que en tal caso convendría tomar, cuando se le acerca el coronel Pouzet, del 10, y le dice: «General, acometamos á bayoneta calada ó somos perdidos.» «Sí, avanzar,» respondió Saint-Hilaire, y de repente se emprendió hacia la derecha contra los rusos de Kamenski y al frente contra los austriacos de Kollowrath, no parando hasta arrojar á los primeros á la hondonada de Sokolnitz y de Telnitz, mientras que los segundos bajaban huyendo la falda de la meseta de Prätzen, que da vista al camino de Austertitz.

Con esa fortuna, con esa heroicidad salía de su terrible compromiso la brigada Thiebault, mientras que la Varé y la división Vandamme, colocadas al otro lado de Prätzen, rechazaban sin tanto esfuerzo el retorno ofensivo de los austro-rusos, corriéndolos hasta el pie de la cuesta que quisieron repechar. Fué tal aquí el ardor de nuestras tropas, que el primer batallón del 4.º de línea, perteneciente á la división Vandamme, se adelantó persiguiendo á los rusos hasta una especie de terrera cubierta de viñas, lo cual visto por el gran duque Constantino fué causa para que éste despachara inmediatamente un destacamento de caballería de la guardia, que sorprendió aquel regimiento en medio del viñado y le desordenó sin dejarle tiempo para formarse en cuadro. En medio de la confusión murió el abanderado de ese cuerpo. Un sargento nuestro quiso recoger el águila imperial, pero cayó también muerto al instante; vuela uno de nuestros soldados á recoger aquel trofeo de manos del sargento expirante, cae también mortalmente herido y tiene que dejarle en poder de los enemigos.

Como Napoleón había venido á reforzar su centro con la infantería de su guardia, el cuerpo de Bernadotte y los granaderos de Oudinot, desde la misma cuesta llegó á ver el desconcierto en que se hallaba aquel batallón. «¡Rapp!, exclamó, allí hay desorden y es menester repararle.» A galope marchó Rapp con los mamelucos y los cazadores á caballo de la guardia para defender al batallón comprometido. El mariscal Bessieres sigue detrás de Rapp con los granaderos de á caballo. La división Drouet del cuerpo de Bernadotte, compuesta del 27, del 94 y del 95 de ligeros, avanza también en segunda línea, guiada por el coronel Gerard, edecán de Bernadotte y oficial de muchísimo temple, con orden de acometer á la infantería de la guardia rusa.

Llegado Rapp al lugar de la escena, toda la caballería rusa que estaba acuchillando á nuestros soldados, tirados por tierra, toda se revolvió contra él con cuatro piezas de artillería que llevaba montadas. Rapp desprecia la metralla enemiga; acomete, arrolla á la caballería imperial, la arroja del terreno ocupado por el resto de nuestro batallón, y entonces sus soldados se levantan y se alinean, resueltos á vengar su descalabro. Corrió Rapp á la caballería del gran duque Constantino hasta meterse en las líneas de la guardia rusa; pero no tardó

en verse de nuevo acometido por los caballeros guardias (1) de Alejandro, mandados por su coronel el príncipe Reprnín. El bizarro Morland, coronel de los cazadores de la guardia imperial francesa, muere en esa carga, sus soldados son rechazados. Mas en aquel instante llegan á galope los granaderos á caballo, conducidos por el mariscal Bessieres, que vuela á la defensa de Rapp; y esos arrogantes militares que iban montados en caballos enormes, arden en deseos de medirse con los caballeros guardias de Alejandro. Se empeña, pues, la pelea acuchillándose unos á otros en la más extraña confusión, de suerte que la guardia rusa, presente á este terrible reencuentro, ni aun se atreve á disparar un tiro, temiendo dañar á sus mismos compañeros; pero al cabo los granaderos á caballo de Napoleón, veteranos ya curtidos en cien batallas, triunfan de los noveles caballeros de Alejandro, los dispersan después de haber matado una porción de ellos y se vuelven triunfantes adonde se hallaba su emperador.

Napoleón, que había asistido á esta refriega, se sintió sumamente satisfecho viendo que tan de firme había pagado sus baladronadas aquella juventud rusa. Ante todo su estado mayor recibió á Rapp, que venía herido, cubierto de sangre y con el príncipe Reprnín prisionero; y en presencia de todos los oficiales le colmó de alabanzas y testimonios del más cordial afecto. En lo que duraron esas ocurrencias, los tres regimientos de la división Drouet, que iban mandados por el coronel Gerard, llevaban en retirada á la infantería de la guardia rusa por la parte de Kreznowitz, cuyo pueblo cayó al cabo en poder de nuestras armas, quitando en él al enemigo una multitud de prisioneros. La una de la tarde sería entonces, y de la victoria ya no se podía dudar; porque Lannes y Murat eran dueños del llano á la izquierda, el mariscal Soult, á quien apoyaba toda la reserva, lo era igualmente de la meseta de Prätzen, y nada más quedaba por hacer sino dejarse caer sobre la derecha y botar á las aguas de los lagos las tres columnas rusas de Buxhoevden, tan vanamente obstinadas en cortarnos el camino de Viena. Así es que Napoleón, dejando el cuerpo de Bernadotte sobre la meseta de Prätzen y revolviendo á la derecha con el mariscal Soult, con la guardia y los granaderos de Oudinot, él mismo quiso ir á recoger el precio de sus profundas combinaciones, para lo cual caminó por la propia ruta que habían seguido las tres columnas de Buxhoevden, descendiendo la cuesta de Prätzen á fin de acometerlas por la espalda. Tiempo era ya de hacerlo así, porque el mariscal Davout y su lugarteniente Friant no cesaban de correr de Kobelnitz á Telnitz, y viceversa, á fin de impedir á los rusos el paso del Goldbach, y no les faltaba ya mucho para darse por rendidos. Cuatro caballos llevaba ya muertos el valiente Friant; los últimos esfuerzos estaban haciendo él y los suyos, cuando de repente asoma Napoleón á la cabeza de una masa de fuerzas aterradora. Es imposible pintar la espantosa confusión que se produjo en los batallones rusos así sorprendidos y privados de toda esperanza. Toda la columna de Pribyschewski y como la mitad de la de Langerón, que se mantenían al frente de Sokolnitz, se ven acorraladas y sin medio de salvación, pues que los

(1) Equivalentes á nuestros guardias de corps. (N. del T.)

franceses vienen marchando á la espalda por el mismo camino que ellas habían llevado en aquella mañana. Se dispersan; una parte cae prisionera en el mismo Sokolnitz; otra se retira hacia Kobelnitz, y vuelve á verse acorralada cerca de los lagos del mismo nombre; otra en fin se encamina hacia Brun, y tiene que rendir sus armas á vista de la carretera de Viena, esto es, allí donde los rusos se tenían prometido su punto de reunión para entonar el himno de la victoria.

El general Langerón con los restos de la brigada Kamenski y algunos batallones que él había retirado de Sokolnitz antes de aquel desastre, se había refugiado hacia Telnitz y los lagos, muy inmediato al punto en que se encontraba Buxhoevden con la columna de Doctorow. El inepto jefe del ala izquierda de los rusos, ensoberbecido porque con sus veintinueve batallones y veintidós escuadrones había disputado el pueblo de Telnitz á cinco ó seis batallones franceses, se mantenía inmóvil esperando á que rindiesen resultados las columnas de Langerón y de Pribyschewski. A creer el dicho de un testigo ocular, parece que llevaba pintadas en su semblante las muestras de los excesos á que de ordinario se entregaba. Llega Langerón adonde él se hallaba, le refiere con cierto desenfado todo cuanto pasa. «¡Eh!, exclamó brutalmente Buxhoevden, nada ve usted por todas partes sino enemigos.—Y vos, le replicó Langerón, vos os encontráis en un estado que no os los deja ver en parte ninguna.» En aquel mismo instante apareció el cuerpo mandado por Soult, descendiendo la falda de Prätzen hacia los lagos y con dirección á la columna de Doctorow para arrojarla en ellos.

Ya entonces el peligro parece inevitable, Buxhoevden, con cuatro regimientos que su impericia había mantenido inactivos, trata de ganar el camino por donde había venido y que pasaba por el pueblo de Augezd, entre la falda de la cuesta de Prätzen y el lago de Satschan. A paso redoblado marcha en esa línea, ordenando al general Doctorow que vea de salvarse como mejor pueda; Langerón le sigue con los restos de su columna; Buxhoevden atraviesa Augezd á tiempo que la división Vandamme, habiendo descendido de la cuesta, entra también en aquel punto, y suelta una descarga contra el jefe ruso, que huyendo á todo escape logra salvar una parte de sus tropas; pero la mayor y todos los restos de la columna de Langerón quedan cortados por la división Vandamme, dueño de Augezd. Entonces todas esas fuerzas rusas reunidas se precipitan en los lagos trabados del hielo, y se resuelven á salvarse atravesándolos; pero el hielo, debilitado por el sol de aquel día, no tiene fuerza para resistir el peso de tantos hombres, de tantos caballos y tantos cañones: en algunos puntos se rompe, y las aguas se tragan á los rusos; en otros resiste, y ofrece un camino de salvación á los fugitivos, que corren á buscarle en tropel.

Peró Napoleón, que ha vuelto á ponerse sobre la cumbre de Prätzen, á la parte que mira á los lagos, alcanza á ver el desastre que con tanto acierto había él preparado de antemano, ordena á una batería de la guardia que tire á bala rasa sobre los puntos donde parece que resiste el hielo, y acaba de este modo con la esperanza de los desventurados que habían creído salvarse, pues que unos dos mil de ellos bajan sepultados entre el hielo que el cañón acaba de despedazar.

Entre el ejército francés y esos inaccesibles lagos todavía queda la desgraciada columna de Doctorow, fuera del destacamento que ha logrado salvarse con Buxhoevden, y otro que acaba de sumergirse bajo del hielo. Doctorow, que se mira abandonado á un extremo tan cruel, va á defenderse con un valor heroico. El terreno sobre el cual se encuentra va sensiblemente levantándose hasta acabar á orilla de los lagos en forma de una terrera, y á esta terrera se arrima el general ruso con sus tropas, colocándolas en tres líneas, la caballería en primera, la artillería en segunda y la infantería en tercera. En esta disposición cuenta recibir á los franceses, mientras que algunos escuadrones suyos andan en busca de un paso seguro entre el lago de Satschan y el de Menitz.

Sobre ese terreno, pues, va á darse el último combate, un combate terrible. Los dragones de la división Beaumont, sacados del cuerpo de Murat y traídos de la izquierda á la derecha, cargan sobre la caballería de Kienmayer, que después de haber llenado su deber se repliega tras de la artillería rusa, dejando que ésta barra á metralla las filas de los dragones, que en vano se esfuerzan para apoderarse de ella. La infantería del mariscal Soult marcha á su vez contra esas baterías, y á pesar del horroroso fuego que se le dispara á boca de jarro, las toma, y rechaza la infantería rusa hacia Telnitz, entrando al mismo tiempo en ese pueblo el mariscal Davout con la división Friant. No les queda ya á los rusos más paso que uno muy estrecho entre Telnitz y los lagos. Atropella una parte de ellos por cima del hielo y se hunden en las aguas como los de las divisiones anteriores: otros logran retirarse por un carril que se ha descubierto entre los lagos de Satschan y Menitz, mas los persigue la caballería francesa acuchillándolos; la tierra arcillosa de aquel suelo que el sol estuvo caldeando todo el día causando un deshielo completo, se ha convertido en un lodazal, del que no pueden apenas salir ni hombres ni caballos. La artillería de los rusos queda al fin atascada, porque los tiros que la arrastran, mejores para la silla que para el acarreo, no pueden rodar las cureñas y las abandonan; en una palabra, nuestra caballería recoge en aquella retirada tres mil prisioneros y una multitud de cañones. «Ya tenía yo vistas, exclama uno de los actores de esta escena (el general Langerón), ya tenía yo vistas algunas batallas perdidas, pero nunca me vino al pensamiento la posibilidad de semejante derrota.»

En efecto, desde un ala á la otra del ejército ruso todo estaba en desorden excepto el cuerpo mandado por Bagración, á quien Lannes no osó perseguir por estar en punto desde donde no pudo ver ni saber lo que ocurría á la derecha del ejército. Todas las demás tropas iban rotas y en una confusión espantosa; pero profiriendo imprecaciones salvajes y saqueando los pueblecillos que encontraban al paso para procurarse víveres. Los soberanos de Austria y de Rusia huían también de aquel campo de batalla, en el cual oían como los franceses llenaban los aires con el grito de *viva el emperador!*. Alejandro iba consternado; Francisco más conforme y aun parecía soportar el desastre con harta presencia de ánimo. Verdad es que en medio de aquella calamidad todavía tenía el consuelo de que no les quedaba ya derecho á los rusos para decir que la co

bardía de los austriacos era la que á Napoleón dejaba alcanzar tanta gloria.

Estos dos príncipes caminaban á uña de caballo por los campos de la Moravia, por entre las negras sombras de una noche obscurísima, apartados de su palacio y expuestos tal vez á que la barbarie de sus propios soldados saliera insultándolos. Como el emperador de Austria reconociera que todo quedaba ya perdido, inmediatamente se resolvió á despachar al príncipe Juan de Lichtenstein para que fuese á verse con Napoleón en demanda de un armisticio, con la protesta de firmar la paz al cabo de dos ó tres días, encargándole además que insinuase al emperador de los franceses sus deseos de una conferencia con él, trasladándose á los puestos avanzados.

Bien había desempeñado su deber el príncipe Juan, y por tanto no tenía de qué sonrojarse presentándose ante el vencedor. Trasládose, pues, al cuartel general francés, en ocasión en que Napoleón victorioso andaba recorriendo el campo de batalla donde hacía que se fuesen recogiendo los heridos, porque no quiso darse al descanso sin prodigar antes á sus soldados las atenciones que por tantos títulos se les debían. Había ordenado que nadie saliese de las filas para apartar de ellas los que el plomo homicida llegara á poner fuera de juego; y por consiguiente, no es decible el gran número de hombres tendidos en aquel campo de batalla de tres leguas de extensión. Todo él estaba cubierto de cadáveres, particularmente rusos; horror causaba el ver aquella carnicería, aunque con indiferencia la miraran nuestros veteranos de la revolución, que acostumbrados á las lástimas de la guerra, tenían las heridas no menos que la muerte como una consecuencia natural de los combates y como cosa de poca monta en comparación de la victoria. Su contento rayaba en locura; se deshacían en aclamaciones lo mismo era ver que un grupo de oficiales parecía señalando la presencia de Napoleón, cuyo regreso á su cuartel general, que fué establecido en la casa de postas de Posoritz, ofreció el aspecto de una marcha triunfal.

Esa alma, entregada entonces á los goces más deleitosos, para la cual estaban reservadas penas tan amargas, experimentó en aquel instante las delicias del triunfo más espléndido, del triunfo más bien merecido; pues que si acaso fué la victoria en muchas ocasiones un puro favor del hado, no fué en aquélla sino el fruto de combinaciones pasmosas. En efecto, habiendo adivinado Napoleón con la penetración de un verdadero genio que los rusos pretenderían arrebatárle la carretera de Viena, y que en tal caso se habían de colocar en el espacio mediante entre sus tropas y los lagos, con esta misma posición salió él convidándolos, estimulándolos á ocuparla con sus maniobras de aparente incertidumbre, hasta que luego, debilitando más y más su derecha y reforzando poco á poco su centro, con el grueso de sus armas se arrojó sobre la cuesta del Pratzen, haciendo que sus enemigos acabaran de abandonarla y se precipitaran en el fondo de un abismo, del cual no podrían volver á salir. La mayor parte de sus tropas mantenidas de reserva, apenas tomaron parte en la batalla, como que su verdadera fuerza procedía del acierto de sus disposiciones, ya que el valor de sus soldados le permitiese también medirse con un ejército mucho más numeroso que

el suyo. Se puede decir que de sesenta y cinco mil franceses, de cuarenta á cuarenta y cinco mil solamente fueron los que entraron en acción, porque el cuerpo de Bernadotte, los granaderos y la infantería de la guardia apenas dispararon uno que otro tiro. Lo repetimos, cuarenta y cinco mil franceses acababan de arrollar á noventa mil austro-rusos.

Los resultados de aquella jornada fueron inmensos: quince mil muertos, ahogados ó heridos; unos veinte mil prisioneros, entre los cuales contaban diez coroneles y ocho generales; ciento ochenta piezas de artillería; una muchedumbre de caballos, de carros, de cureñas, de provisiones: esas fueron las pérdidas del enemigo y los trofeos de los franceses, á expensas de siete ú ocho mil hombres que ellos por su parte perdieron entre muertos y heridos.

En cuanto Napoleón entró en su cuartel general de Posoritz, le fué presentado el príncipe Juan de Lichtenstein, y recibióle con la fina urbanidad propia de un vencedor, conviniendo en que admitiría gustoso la visita del emperador de Austria en los puestos avanzados de ambos ejércitos el día 4, es decir, dos después del de la batalla; pero que no tendría lugar el armisticio hasta que ambos emperadores se hubiesen visto y explicado.

Al día siguiente Napoleón trasladó su cuartel general á Austerlitz, palacio de la familia de Kaunitz. Allí se estableció y quiso que fuese conocida la batalla con el nombre de aquel palacio, aunque los soldados la distinguían ya con el de *batalla de los tres emperadores*; la cual lleva y llevará eternamente el nombre que recibió del inmortal caudillo que la ganó. He aquí la proclama que dirigió á sus tropas:

*Austerlitz, 12 frimario.*

«SOLDADOS:

»Estoy satisfecho de vuestro porte. Os habéis conducido en la jornada de Austerlitz con la intrepidez que os es característica. De gloria inmortal habéis cubierto vuestras águilas. En menos de cuatro horas habéis destrozado y puesto en fuga un ejército de cien mil hombres, mandados por los emperadores de Austria y de Rusia; los hombres que vuestra espada no pudo alcanzar, en el seno de los lagos fueron á perder sus vidas.

»Cuarenta banderas, los estandartes de la guardia imperial rusa, ciento veinte piezas de artillería, veinte generales, más de treinta mil prisioneros (1) son los frutos de esta jornada para siempre célebre. Esta infantería tan decantada y de número tan superior no ha podido resistir á vuestro ímpetu, y en adelante ya no debéis temer la rivalidad. Así, pues, en dos meses habéis vencido y destruido esta tercera liga. La paz debe ser la consecuencia inmediata; pero prometí á mi pueblo antes de haber pasado el Rhin que yo no ajustaría ningún tratado de paz sino con garantías de hacerla duradera y con las debidas recompensas para nuestros aliados.

»Soldados: en cuanto yo asegure todo lo que conviene á la dicha y á la prosperidad de nuestra patria, conmigo volveréis á Francia, y allí seréis objeto de todas mis atenciones. En el lleno del contento os volverá á ver mi pueblo, y con que le digáis: Yo me he hallado en la batalla de Austerlitz, bastará para que se os responda: Ese es un valiente. — NAPOLEÓN.»

(1) Aún no estaban bien averiguados los detalles. (N. del A.)

Importaba seguir al alcance del enemigo, cuya completa derrota todo el mundo traía en la lengua. De entre aquella confusión de noticias, Murat llegó á creer que los austro rusos se encaminaban hacia Olmutz, é hizo que el mismo Napoleón participara de ese engaño, despachando inmediatamente para ese punto la caballería de aquel príncipe y el cuerpo de Lannes. Empero se recibieron noticias más circunstanciadas en la madrugada del 3 de diciembre, sabiéndose por el general Thiard que el enemigo huía por el camino de Hungría como en demanda del Morava. Al instante ordenó Napoleón que sus columnas torciesen sobre Nasiedlowitz y Goeding. El mariscal Davout no perdió el tiempo en vano, pues reforzado con toda la división Friant, y llegada ya también á la línea la de Gudín, como que era el más inmediato á la carretera de Hungría, se echó corriendo en persecución de los rusos, los llevaba á mal traer, é iba en ánimo de atajarles el paso del Morava. Caminó todo el día 3, y el 4 se puso dando vista á Goeding y á los rusos, que estaban en el mayor desconcierto en ese pueblo y sus alrededores. Véase más allá de Goeding una de las residencias del emperador de Austria (el palacio de Holitsch), en donde ambos soberanos se habían recogido, reinando en torno de ellos una confusión no menos grande que la que se advertía en aquella población. Los oficiales rusos continuaban profiriendo mil denuestos contra los austriacos; culpábanlos de la común derrota, como si no hubiese sido más justo el atribuirle á su propia vanidad, á la impericia de sus generales y á la ligereza de su gobierno. Es indudable que los austriacos se comportaron en la batalla de Austerlitz tan bien como los mismos rusos.

Los dos monarcas vencidos se mostraban recíprocamente una frialdad manifiesta. Francisco, sin embargo, quiso entenderse con Alejandro antes de pasar á verse con Napoleón. Conviniéron entre ellos en que era menester pedir un armisticio y la paz, por ser ya imposible el mantener más tiempo la lid. Alejandro, aunque no quería confesarlo, nada apetecía tanto como el que á toda prisa se encontrara el medio de verse él y sus tropas libres de las consecuencias de una persecución tenaz y enérgica, tal como era de temer de parte de Napoleón. En cuanto á las condiciones, todas las dejó al arbitrio y voluntad de su aliado, porque como él era quien debía cargar con todos los gastos de la guerra, tocábale exclusivamente el derecho de ajustar á su gusto las condiciones á cuyo precio se le había de otorgar la paz. Es verdad que unos cuantos días antes, Alejandro, que se presumía el árbitro de los destinos de la Europa, de seguro habría dicho que las tales condiciones no importarían fuerza alguna hasta haber recibido su sanción; pero los acontecimientos del 2 de diciembre moderaron muy mucho las exigencias de su orgullo.

El emperador Francisco se puso en camino para Nasiedlowitz, pueblecillo situado á mitad del camino del palacio de Austerlitz; y allí cerca del molino de Panleny, entre Nasiedlowitz y Urschitz, en mitad de las avanzadas francesas y austriacas, encontró á Napoleón que le esperaba á la lumbre de un vivac preparado por sus soldados. Napoleón tuvo la atención de llegar el primero al sitio señalado, y salió al encuentro del emperador de Austria, apeándose de su carretela, y recibíéndole en seguida con un abrazo. Semejante acogimiento de parte

de su proponente vencedor desvaneció cuantos recelos andaban en la mente del monarca austriaco, y ambos soberanos comenzaron entonces una plática muy tirada, mientras que los oficiales de ambos ejércitos, que se mantenían á cierta distancia de la escena, contemplaban con pasmosa curiosidad ese extraordinario espectáculo del sucesor de los Césares vencido y pidiendo la paz al soldado coronado, que la revolución francesa había elevado á la cumbre de las grandezas humanas.

Napoleón salió excusándose con el emperador Francisco de no haber podido recibirle en lugar más decente. «He aquí, le dijo, los palacios que V. M. me hace habitar de tres meses á esta parte.» «Y no os pintan tan mal, le replicó el monarca austriaco, que puedan daros derecho para quejaros.» En seguida versó la conversación sobre el estado actual de las cosas; Napoleón sosteniendo que hartó á pesar suyo se le había arrastrado á la guerra en época en que menos pensaba en ella y cuando tenía toda su atención fija contra la Inglaterra; y Francisco afirmando que si él se había puesto en armas, sólo había sido en vista de las miras de la Francia acerca de la Italia. Declaró el primero que estaba dispuesto á firmar la paz bajo las condiciones ya indicadas á Mr. de Giulay, pero sin entrar á relatarlas de nuevo; y el segundo, lejos de responder á ese punto, sólo entró en busca de lo que Napoleón pudiera pensar respecto á las armas rusas. «En primer lugar, dijo entonces Napoleón, apartad vuestra causa de la del emperador Alejandro; en segundo, haced que sus armas evacúen los Estados austriacos por jornadas determinadas; he ahí á cuáles condiciones otorgaré yo el armisticio. La paz con la Rusia yo la ajustaré más tarde, añadió; ese es asunto de mi propia incumbencia. Creedme, repuso, no confundáis vuestra causa con la del emperador Alejandro. En Europa nadie, si no es la Rusia, puede hacer una guerra de puro capricho. ¿Sale vencida? Con retirarse á sus desiertos paga; pero vos... vos pagáis con vuestras provincias los gastos de la guerra.»

Esas agudezas de Napoleón, sobrado expresaban la situación de las cosas en Europa entre aquel vasto imperio y el resto del continente. Francisco le ofreció con palabra de honor, como caballero y como soberano, que no volvería á renovar la guerra, y sobre todo, que no cedería nunca á las sugestiones de potencias que nada tenían que perder en la lid; logrando con esto un armisticio para sí y para el emperador de Rusia, cuya condición era que los rusos se habían de retirar por etapas determinadas, y el gabinete de Viena mandaría inmediatamente plenipotenciarios que ajustarían en Brun la paz por sí y solos con la Francia.

Despidiéronse los dos emperadores con nuevas y repetidas muestras de un cordial afecto, y Napoleón acompañó á Francisco hasta ponerle en el coche, después de haberle tratado de hermano, tras lo cual se puso á caballo y regresó á Austerlitz.

Al instante despachó al general Savary con orden para que el mariscal Davout se detuviese. Ese general se dirigió desde luego á Holitsch con la comitiva del emperador Francisco, á fin de saber si Alejandro accedería ó no á las condiciones propuestas. Vióse con el emperador de Rusia y con un acogimiento muy distinto del que se le hizo en la misión que algunos días antes había desempeñado con aquel príncipe. «Vuestro amo,

le dijo el zar, se ha mostrado superior. He visto la omnipotencia de sus talentos, y por lo que á mí toca me retiro, ya que se da por satisfecho mi aliado.» El general Savary siguió conversando algún tiempo con el joven Alejandro acerca de la batalla que se acababa de dar, y le explicó el por qué el ejército francés, inferior en número al ruso, había parecido superior por todos los puntos de la línea, merced al arte de maniobra que Napoleón poseía tan acabadamente. Añadió además por vía de lisonja que con la experiencia también Alejandro llegaría á ser un guerrero famoso, sólo que en esa ciencia tan difícil no se podía salir á maestro desde el primer día. Después de haber lavado así la cara al monarca vencido, partió para Goeding á fin de detener al mariscal Davout, que ya había rechazado toda propuesta de suspensión de armas y se disponía á acometer los restos del ejército ruso. En vano se le afirmó á ese mariscal, en nombre del mismo emperador de Rusia, que se estaba tratando de un armisticio entre Napoleón y el emperador de Austria; ni por cuanto el mundo tiene quería él esperar á que se le escapara la presa, ni se le habría escapado á no enseñarle Savary una orden formal de Napoleón, con lo que detuvo el fuego. Esos fueron los últimos tiros que se dispararon en aquella tan inmortal campaña. Cada nación llevó sus tropas á sus cuarteles de invierno, para esperar lo que resolvieran los plenipotenciarios de las potencias beligerantes.

Napoleón pasó desde Austerlitz á Brun, punto señalado á Mr. de Talleyrand para arreglar las condiciones de la paz, con la cual ya no podía dejarse de contar, pues que el Austria se encontraba exhausta de recursos, y la Rusia, ansiosa de gozar del armisticio, llevaba sus armas con toda celeridad al centro de la Polonia. Así, pues, la guerra de la primera liga había durado cinco años, la de la segunda dos, la que acababa de provocar la tercera nada más que tres meses, por donde se ve lo irresistible del poder de la Francia revolucionaria, concentrado en una sola mano, en una mano diestra y pronta como el rayo para sacudir donde era preciso que la sintieran. Los acontecimientos habían salido efectivamente como Napoleón los dispuso de antemano en su gabinete de Boloña, donde ya cogía prisioneros á los austriacos en Ulm, sin casi quemar un cartucho, derrotaba á los rusos en Austerlitz, despejaba la Italia por el solo efecto de su marcha ofensiva contra Viena, y reducía á puras imprudencias los ataques meditados por el Hannóver y Nápoles. El de este punto sobre todo, una vez dada la batalla de Austerlitz, era una locura desastrosa para la casa de Borbón. La Europa estaba, pues, postrada á los pies de Napoleón, y la Prusia, que se puso por un momento de parte de la liga, iba á encontrarse ahora á discreción del capitán que ella había vendido é insultado.

Y sin embargo, había menester de ir con mucho pulso en las negociaciones; porque si nuestros enemigos, cobrando nuevo aliento y valiéndose de los pactos que tenían ajustados con la Prusia, la obligaran á intervenir en aquéllas, eran tres contra uno y podían disputar las condiciones de la paz, arrebatando al vencedor una parte de las ventajas de la victoria. He ahí la razón por qué Napoleón quiso que las negociaciones se estableciesen en Brun, lejos de Mr. de Haugwitz ya despa-

chado por él á Viena y con orden de que en aquella capital se le oíría.

Mientras que las armas de las potencias beligerantes estaban disputando sus futuros destinos, MM. de Giulay y de Estadión tenían varias conferencias con Mr. de Talleyrand, pretendiendo que la Prusia entrase en la negociación juntamente con el Austria y la Rusia. Desde que Mr. de Haugwitz llegó á Viena, aquellos plenipotenciarios no cesaban de instarle, aunque con atención muy fina, para que ejecutase el tratado de Potsdam, presumiendo, y con razón, que si la Prusia entraba en las negociaciones, había de verse en la necesidad de hacer que prevaleciesen las condiciones de paz comprendidas en aquel tratado, ó si no, asociarse á la liga para continuar la guerra. Mr. de Haugwitz no quiso ceder á semejantes pretensiones, pretextando que la naturaleza de su embajada, lejos de autorizarle para entrar á parte en un congreso, no le mandaba sino entenderse directamente con Napoleón á fin de traerle á las miras del gabinete prusiano. Por otra parte, Mr. de Talleyrand acalló al instante aquellas pretensiones, declarando que sólo el Austria sería admitida en las negociaciones, y notificando esa resolución el mismo 2 de diciembre, durante la batalla de Austerlitz.

Ganada esa batalla, pedido el armisticio y otorgado en el vivac del vencedor, de antemano quedó aceptada la condición de negociar aisladamente; exigiendo además Napoleón, como ya se dijo, que las negociaciones se abriesen inmediatamente en Brun con Mr. de Talleyrand. Dijo además que de buena gana trataría con Mr. de Giulay, mas nunca con su acompañado Mr. de Estadión, antiguo embajador de Austria en Rusia y partidario acérrimo de las máximas de la liga, que suscitaba dificultades sin cuento como consecuencia natural de sus preocupaciones; personaje que podía ser reemplazado en la negociación por el príncipe Juan de Lichtenstein, cuyos modales llanos y propiamente militares le habían enamorado. En efecto, pasó al instante á Brun ese príncipe en compañía de Mr. de Giulay; el emperador Francisco quedó en Holitsch, de modo que en muy pocas horas se le podían comunicar las dudas ó los puntos en que resultase discordancia, y por tanto arreglar sin tardanza la negociación que se abrió en Brun entre aquellos plenipotenciarios y Mr. de Talleyrand. Una vez que las bases de esa negociación quedaran establecidas, Napoleón tenía dispuesto trasladarse á Viena, con ánimo de arrancar á Mr. de Haugwitz la confesión de la falsía y de la infidelidad de la Prusia y hacerle pagar la pena.

Pero ¿cuáles habían de ser las bases de esa paz? Esto es lo que se andaba mirando entre Napoleón y Talleyrand, siendo objeto de muchas y de muy serias conferencias entre el ministro y su soberano.

A prueba, y muy delicada, se ponía en esta ocasión la prudencia del emperador de los franceses. Ha vencido en tres meses una poderosa liga; ha corrido con sus soldados, muy inferiores en número, á los soldados de más fama en el continente; ¿no habrá, pues, adquirido su poder pretensiones exageradas que le hagan mirar con desdén todas las resistencias europeas? Mientras que fué cónsul, en aquel tiempo en que sólo anhelaba granjearse el parabién de la Francia y de la Europa, ya le vimos contemplando á todos los partidos en el inte-

rior, de paso que en el exterior aquietaba al Austria por la victoria, á la Rusia por medio de halagos expresivos, á la Prusia cebándola sagazmente con las indemnizaciones germanas, á la Inglaterra reduciéndola á un completo aislamiento; en fin, asienta una paz general por un medio poco menos que milagroso y despliega la más admirable de todas las habilidades, la de la fuerza que sabe moderarse. Mas no tardó mucho en mostrarse furioso contra los partidos, no guardando con ellos consideración alguna y castigándolos cruelmente en la persona del duque de Enghién (1). Se le vió luego arrojando el guante á la Inglaterra, que le recogió, é irritado de su provocadora envidia, reunir cuantos esfuerzos humanos fueron posibles con intento de hundirla. Pues si ahora que, sin motivo fundado, las potencias del continente le han distraído de la lid que él quería empeñar con la Inglaterra, atrayéndose derrotas que fueron verdaderas catástrofes, ¿no era de temer que se condujese con esas potencias como ya lo había hecho con sus otros enemigos, esto es, tratándolas sin esos miramientos que constituyen todo el arte de la política?. El hombre que lleva en su genio y en el valor de sus soldados sucesos tales como el de Marengo y de Austerlitz, ¿respetaría en algo los derechos de cualquier otro de su especie en la tierra?

Mr. de Talleyrand, cuyo carácter y papel que hizo en aquel reinado ya quedan trazados más atrás, también se esforzó cuanto pudo en esta ocasión para moderar las pretensiones de Napoleón, pero sin gran fruto. Era más amigo de adular que de contradecir; en cuanto á la política europea había en su mente propensiones, pero no ideas fijas; era constantemente el patrono del Austria, muy mal dispuesto por lo que hace á la Prusia, siguiendo en esta parte la antigua tradición del gabinete de Versalles; de suerte que dió así lugar á que se le sospechara de complaciente para con la una, de enemigo de la otra, rebajando así el crédito que hubiera podido tener con su soberano un hombre de un carácter estable y convencido. Por lo demás, tanto en esta como en otras circunstancias, si él no puede alabarse de haber logrado el triunfo de la moderación, quedóle por lo menos el mérito de aconsejarla.

He aquí los consejos que dió Mr. de Talleyrand al desvanecido vencedor de la Europa, en la mañana siguiente al día en que se dió la batalla de Austerlitz.

Convenía mostrarse moderado y generoso con el Austria. Esa potencia, decía Talleyrand, en decadencia notable después de dos siglos, no debía ser ya para nosotros objeto de tantos recelos como lo fué en otro tiempo. Era una potencia nueva, la Rusia, la que debía comenzar á inspirárnoslos, y contra la Rusia é el contrapeso del Austria era el solo que pudiera servirnos de rodela. El Austria, vasta amalgama de pueblos extraños

(1) Inicua, bárbara é injustamente, hubiera convenido decir: primero, porque se le prendió en tierra extranjera; segundo, porque se le juzgó á media noche sin oírle, sin darle ni permitirle defensa y hasta sin una sola prueba de culpabilidad; tercero, porque se le fusiló á media noche también, sin duda para que la atrocidad pareciera menos asquerosa perdida en las sombras de la noche. Fueron sus verdugos Bonaparte; el general Hullin, presidente de la comisión militar nombrada *ad hoc*; el coronel Guitón, *vocal*; el coronel Barancourt, *vocal*; el coronel Ravier, *vocal*; el coronel Barrois, *vocal*; el coronel Rabbe, *vocal*; el ciudadano de Autancourt, desempeñando el cargo de capitán relator. (N. del T.)

los unos á los otros, tales como los austriacos, los esclavones, los húngaros, los bohemios y los italianos, pudiera fácilmente disolverse, si más se debilitaban los frágiles vínculos sobre que se apoyaban elementos tan heterogéneos, y en tal caso sus restos más bien se inclinarían por la Rusia que por la Francia. Importaba por lo mismo el no cargar la mano sobre el Austria; al contrario, recompensarla hasta de las nuevas pérdidas que iba á experimentar, y recompensarla de un modo provechoso para toda la Europa, lo cual no solamente era posible, sino fácil.

Y era sobrado ingeniosa, aunque prematura, la combinación de Mr. de Talleyrand, atendido el estado actual de la Europa. Pretendía que se le diesen al Austria las márgenes del Danubio, esto es, la Moldavia y la Valaquia. Esas provincias, decía él, valen mucho más que la misma Italia; harán que el Austria se consuele de sus pérdidas; la traerán la enemistad de la Rusia, colocándola en el caso de servir de baluarte del imperio otomano respecto de esa última potencia, como ya lo era también por lo que mira á la Europa. A más de eso, aquellas provincias, cuya posesión así la había de malquistar con la Rusia, también la pondrían en mal con la Inglaterra, en cuyo caso tenía que constituirse forzosamente la aliada inseparable de la Francia.

En cuanto á la Prusia excusados eran los miramientos; no había sino tratarla del modo que se quisiera, pues estaba visto que era una potencia falaz, pacata, y con cuya fe no había que contar jamás. No convenía de ninguna manera el enajenarse el Austria, por pura condescendencia hacia aquélla, cuando en la alianza con ésta, y nada más, era preciso pensar desde aquel entonces.

Tal fué la opinión de Mr. de Talleyrand en esa circunstancia. El consejo de tratar con miramiento al Austria, de consolarla y de resarcir sus pérdidas con equivalentes bien escogidos era excelente, porque la verdadera política de Napoleón hubiera debido atender al vencimiento de todo el mundo contemplando al vencido desde el día siguiente á su derrota. Pero eso de que se le tratara á la Prusia con tanta ligereza era un parecer funesto, y procedía de una política desacertada, como ya lo hemos notado. ¡Ojalá se le hubiesen podido dar al Austria las provincias del Danubio, sobre todo si se lograra que esa donación fuese considerada como el reparo de las pérdidas que esa potencia sufría en la Italia! mas no es probable que el Austria accediera á una combinación semejante, porque la posesión de la Valaquia y la Moldavia, sobre ponerla en mal con la Rusia y con la Inglaterra, la habría puesto también bajo nuestra inmediata dependencia; no es probable tampoco que en aquellas circunstancias se pudiese disponer del suelo europeo con la misma libertad que se hizo dos años más tarde en Tilsit. Y fuera de esto lo que se quisiera, todavía es preciso decir que, sobre querer dominar en Italia, no había sino resignarse á tropezar con la enemistad del Austria, no obstante los miramientos que con ella se guardaran; y en tal supuesto, ¿cuál alianza buscar? Cien veces lo hemos dicho ya. En mal con la Inglaterra por el ansia de enseñorear la mar con igual poder al suyo; en mal con la Rusia por ambicionar supremacía en el continente; sin medios de sacar partido alguno de la España, en completa desorganiza-